

Micro relatos y/o/u/también/aunque micro cuentos

Florencia Olivera



Capítulo 1

El Batman cruel prohíbe

El Batman que le tocó a la ciudad de Tigoca, hermana gemela perdida y olvidada de la gran ciudad Gótica, ha prohibido que alguien se siente en un asiento de la plaza principal.

Lo cual genera un problema porque es uno de los catorce asientos alrededor del lugar de juegos de los niños. Las madres están profundamente preocupadas ya que si un día de estos acuden muchas personas ocurriría un gran conflicto para poder sentarse.

Hasta el momento nuestro Batman no ha dado explicación del porqué a esa decisión.

Durante dos semanas las protestas de las madres se apaciguó cuando se propagó el rumor de que nuestro héroe encapuchado había reservado el asiento para nuestra Gatúbela aceptara salir con él; pero en el día de ayer la misma Gatúbela, la nuestra, mientras daba su discurso del día de los gatos, agregó justo después de soltar una carcajada que Batman todavía no está tan desesperado pero confirmó que el asiento estaba reservado para alguien comenzó diciendo "Tengo el permiso de Batman para terminar con este mediático, aunque divertido, circo", ante quinientos fanáticos de los gatos Gatúbela reveló que nuestro Batman espera a nuestro Guasón.

Como es de público conocimiento, nuestro Guasón se fue de la ciudad Tigoca hacía cuatro meses gritando harto "¡Me voy de vacaciones!". Desde ese entonces nada había ocurrido en nuestra ciudad, comenzando a sospechar con duda que al fin en la ciudad convivía la paz.

Los que nos hace preguntar ¿por qué Batman empleó este vago truco para llamar la atención del Guasón? ¿Será que mientras nosotros vemos tranquilidad Batman ve aburrimiento? ¿Será que ahora sin enemigos el héroe Batman pasó a ser un simple hombre musculoso vestido de murciélago?

Mientras tanto en la ciudad se intenta convivir con estas pequeñas y para nada interesantes noticias.

Capítulo 2

El principio de una vez

Sus manos estaban tan acalambradas en ese momento que se sintió capaz de dar su ojo derecho por un buen masaje, o para que se las cortaran.

Pasó el tiempo suficiente para encariñarse de cierto modo a sus tareas como aprendiz de hechicero. No el suficiente para que no extrañara a sus sirvientes.

Todavía se preguntaba qué mierda tiene en la cabeza su padre para llevarlo a ese brujo en particular.

Cuánto dolor.

La recolección y clasificación de plantas y hierbas definitivamente no es su menester favorito. Le gusta más la parte de creación de pociones y sus mezclas.

Llevaba tres horas sacando plantas.

A su maestro les gustaba las mejores, las más fuertes, las más vivas.

O sea las difíciles de arrancar. Y más le valía que tuvieran la raíz.

Se preguntó una vez qué carajo hacía ahí, una vez más se acordó y suspiró hondamente al mismo tiempo que se encorvaba. Se crujió los dedos y movió sus muñecas en círculos.

Miró el inmenso jardín a su alrededor.

Apreció los colores y la vida.

Detuvo su inspección en un sector a unos dos metros.

Es mínimo, pero él conoce su jardín. Y ese bulto no estaba en el sector de yuyos digestivos.

Se levantó despacio. En parte por el dolor de espalda y el entumecimiento de las piernas, en parte por actitud precavida.

Se arrodilló al lado y observó.

Un pequeño pedazo de tierra se elevó y descendió. Casi se creó loco. Si no fuera porque ocurrió otra vez, y otra vez. Como si la tierra palpitara, como si hubiese decidido humanizarse. Se agitó su respiración y apretó los dientes.

Qué mierda.

Su contextura delgada, con nuevos y pequeños músculos por el trabajo de campo no estaba hecho para un enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

No sabe qué lo está llevando a posar sus sucias y callosas manos en la tierra fértil. Removió, creando un hueco.

El aire se le estancó en la garganta.

Esos definitivamente son dedos.

Qué

mierda.

Entonces todo un montículo mayor palpitó. Y se elevó aún más.

Le resultó imposible moverse.

Los yuyos se deslizaron y cayeron por los costados.
Eso es un ella. No particularmente preciosa, pero sí bonita.
Se estaba enderezando con pesadez, quijiendo y con una mueca de dolor.
De pronto y por una razón diferente comenzó a temblar. Está desnuda y obviamente sucia. De pelo y cejas blancas.
Abrió los ojos y se encontró con dos pupilas doradas.
Quién hubiese imaginado que su maestro hubiese tenido razón todo este tiempo.
El principio del fin ha comenzado.

Capítulo 3

Traicionada

Después de perderlo en el bosque siguió corriendo hasta llegar al risco, el único lugar que la entendía.

Las olas chocaban furiosas y violentas pero desde hacía años que ella no les temía. Miró el abismo con indiferencia y un poco de pena. Miró el cielo con tristeza y anhelo. Tiempo atrás, recuerda, creía posible llegar pero sus alas nunca fueron tan fuertes y ahora tenía que huir como un humano cada vez que aquello pasaba, cada vez que el monstruo volvía.

Nunca supo ni entendió por qué aquella cosa siempre desaparecía cuando llegaba al risco, lo importante y principal era que no la atrapara en el bosque, solo una vez ocurrió, suceso horrible que le cuesta las alas. Acarició las plumas blancas de su ala izquierda, suave. Ama tanto sus alas ¿qué importa si no podían llevarla al cielo?

Suspiró extrañada, había pasado el tiempo suficiente para que el escalofrío se desvaneciera, sin embargo aún tenía la piel de gallina.

De pronto escuchó un rugir en las olas, como si de repente un dragón de mar la estuviera llamando, o advirtiéndolo. Se acercó lentamente al borde del abismo, siempre creyó que en caso de que alguien la encontrara la ayuda vendría de arriba y no de abajo.

El viento se detuvo, las nubes fueron cómplices, sucias traidoras. Sus alas descendieron junto con sus hombros, las últimas plumas se acostaron en la tierra cuando ella no vio nada en la oscuridad del abismo.

Sintió un aliento cálido sobre su hombro derecho, mantuvo la vista al frente, cerró sus manos en puños, su respiración se volvió irregular, nerviosa, intentó con todas sus fuerzas no llorar pero aquellas desgraciadas hacen lo que quieren y la bestia sabe que tiene miedo. El monstruo sonrió perversamente. Ella no tiene más opción que darse vuelta. La sonrisa del monstruo era torcida, ella pensó que quizá también tendrían la misma sonrisa si lo intentaran. Por lo de más son idénticas, salvo que el monstruo no tiene alas. Se atrevió a mirarla a los ojos, los mismos ojos; el monstruo tranquilo, ella toda temblorosa.

Las manos heladas del monstruo la tomó de los brazos, sin hacer daño, todavía. Ella ni siquiera le pidió piedad con la mirada, estaba resignada; y furiosa. Entonces la empujó y cayó de espaldas. Apretó los dientes, describiendo su grito. Miró con desesperación el rostro de la bestia, cada

vez más lejos. Manoteó el aire desesperada, sus jadeos crecieron en gemidos hasta que rugió, el ruido golpeó en las paredes de piedra. Sacudió sus inútiles y amadas alas. La salada espuma se abrió para recibirla, y tragarla.

Capítulo 4

Escape

Cerré los ojos. Inhalé.

Océano salado y barro.

El aire es fresco y empuja mi pelo lejos de mi rostro.

Desde mi ventana en el segundo piso puedo ver el puerto. La forma de su barco destaca entre todos y todo.

Me pregunto qué estará pensando en este momento, si ya se está arrepintiendo. Espero que sí, pero para cuando se dé cuenta habrá sido tarde. Cuando se entere de lo que hice se pondrá como loco. Espero que sí.

Los gritos dando órdenes y las exclamaciones de despedida me llegan como susurros.

Por un momento me detengo, quizá me tuve que haber despedido ¿por qué no me despedí?

Niego con la cabeza. Si no huyo ahora todo lo que soy habrá desaparecido. Aprieto más fuerte el nudo que armé con sábanas y ropa. Parece que resiste. Subo un pie y después el otro por el marco de la ventana. Giro. La adrenalina me recorre entera, jamás hice algo como esto antes.

Pensar primero en mí.

Ellos tienen razón, me volví loca.

Y jamás me sentí más feliz.

Oh, él se va a poner como loco cuando se entere. Sonrío mientras desciendo por la pared. Mis manos sosteniendo la improvisada cuerda, mis pies caminan sobre los ladrillos.

Nadie me ve. Todos están en el puerto. Espero que la ropa de mi hermano me disfrace lo suficiente.

Caigo al suelo. La inmensidad de lo que estoy haciendo me golpea con consciencia provocando que mi corazón suba a mi garganta. Y sin

embargo, no encuentro en mí el arrepentimiento.

Si no me voy ahora todo lo que fui será en vano.

Mientras camino por las sombras hacia las afueras del pueblo, al bosque, del lado opuesto del puerto miro sobre mi hombro. ¿Por qué no me despedí?

Capítulo 5

La reunión

Dos horas diecisiete minutos.

Eso dice tu reloj.

Suspirás.

Posás tus manos en tus caderas, mirás tus zapatos y cerrás los ojos.

Qué carajo.

Una vez más estás esperando.

¿Para qué?

Cuántas veces te habrás hecho esa pregunta. Pero ahora es diferente.

¿Cuántas personas lo saben? Cuatro; cinco como mucho.

¿Cómo carajos se enteró?

Mirás de nuevo tu reloj, pero no te fijás en la hora, estás pensando, tentando, siempre te tentó; después de todo tienen razón, vos no sos tu hermano.

Por supuesto que no. Ese fue el plan. Vivir.

Y sin embargo ahí estás.

Y sin embargo no los hacés, bien aprendida tenés la lección desde la última vez hace ya tanto años.

El mundo no está preparado para la magia.

Un secreto de milenios construido casi con amor. Oculto como detrás del mueble viejo de tu abuela acumuladora. Nadie se va a fijar, mucho menos a limpiar, hasta que ella muera.

Puede que hasta ni eso.

Te pasás las manos por la cara y suspirás nuevamente pero más

profundo, más preocupado.

Por las dudas fuiste temprano, trece minutos más temprano para ser exactos.

La carta no era precisa.

No tenés la más puta idea si es hombre, mujer, o su edad.

Ningún indicio de cuándo, en qué momento te equivocaste. Te dejaste ver.

Con el índice y el pulgar te tapas los ojos.

No tenés tiempo para psicoanalizarte.

Ahora por segunda vez en tu vida te toca esperar.

Movés en círculos tus hombros. Inhalás todo cuanto podés y exhalás lentamente al mismo tiempo que te fijás en la hora en tu reloj de muñeca.

Dos horas veintiún minutos.

Murmurás una puteada épica al tiempo, la progenitora de la carta y en la mierda del momento en que fuiste descuidado.

Mirás hacia los costados.

Las personas van y vienen por todo el shopping.

¿A quién carajos se le ocurrió concretar una reunión anónima a un lugar tan lleno de gente?

Entonces la ves.

Está al costado de las escaleras mecánicas.

De todas las personas en el mundo esperaste con todo tu corazón que ella no fuera.

Se acerca a vos con esa sonrisa de medio lado y la mirada pícara; como si no supiera el tormento que estás pasando y el atropello de preguntas en tu garganta. Pero ella lo sabe. Ella sabe demasiadas cosas.

—Vení, vamos por un café, te lo cuento mientras—te dijo señalando con

su barbilla el camino.

Oh dios, cuánto extrañaste su voz.

Tragaste saliva y asentiste levemente.

Estás tan en el horno.

Capítulo 6

Destituida

Abrió los ojos.

En horizontal vio arena y cielo.

Escuchó el ruido de aves y el romper de las olas.

Inhaló y un poco de arena entró por la boca. Tosió. Le ardía la garganta y las fosas nasales. Algo suave acarició su pierna. Frunció el ceño.

Tenía el cuerpo entumecido. Todo ardía. Todo tenía calambres. Pero era más que eso, tenía un peso en el pecho. Más allá de que se hallaba boca abajo y no podía respirar bien.

Adentro de su pecho había un peso. Estaba desolada. Tranquilas lágrimas cayeron por un costado. Exhaló largo.

A medida que el sol se movía en la bóveda celeste ella movía de a poco su cuerpo. Dedos. Codos. Piernas. Al mover las rodillas sintió aquello suave. Con trabajo se levantó en sus codos miró sobre sus hombros.

Ahogó un grito.

¿Cómo pudo olvidarse de ellas?

Un par de alas blancas, de dos metros de ancho y uno de largo, salían de sus omoplatos. La izquierda tenía una repugnante quebradura casi expuesta a mitad del hueso. La derecha también estaba maltratada pero se movía de un lado al otro con solo una leve molestia, como las articulaciones de sus dedos.

Suspiró.

Se acostó de nuevo.

¿Si se había olvidado por un momento de la parte que más amaba de ella que otras cosas no sabía, no recordaba?

¿Cómo se llama?

¿De dónde viene?

¿Por qué se despertó herida en una playa?

¿Hacia dónde va?

Se aguantó un suspiro, temiendo volver a tragar arena.

Primero se levantó sobre sus codos, luego se sostuvo sobre sus manos, arrastrándose se arrodilló.

Al fin largó el suspiro. Siseó. Sin querer movió el ala rota. La miró y mentalmente le pidió disculpas. La puta que eso duele.

Un pie y luego el otro. Se levantó. Se mareó e hizo equilibrio con las manos. Se tomó la cabeza entre sus manos. ¿Cuánto tiempo estuvo bajo el sol? Su cuerpo ardía. Aunque las alas taparon la mayoría.

Un paso y luego otro.

Comenzó a caminar.

El ala izquierda se arrastraba, dolía pero era peor si la movía.

La derecha cada tanto se sacudía levemente, con espasmos. Sentía la boca seca y salada. ¿Había tragado mucha agua? Tenía sed. Miró de reojo el mar en su lado derecho, le dolía mover los ojos. Miró de reojo su lado izquierdo, selva.

Tambaleándose caminó.

¿Alguien la estaba buscando?

¿Alguien la estaba esperando?

Caminó.

Un paso y luego el otro.

Primero debía curarse el ala.

Después saber quién mierda era.

Capítulo 7

Imnsomio

Son las doce. La luna, la misma que alguna vez fue diosa y enamoró a Endimión, está en el cielo.

Aun falta para que Aurora, la misma que cerró la puerta cuando Titonio envejeció, llegue con una bolsa llena de oportunidades que ella nunca tuvo.

Son las doce y el reloj despierta, él me cuenta esas historias que son su pasado.

Es la una y el reloj me abraza, cada vez que el tiempo pasa, paralelamente a él, tiembla, como si también fuese un ser humano.

Son las dos y yo abrazo al reloj, ambos sabemos que ocurrirá después, nos sentimos afortunados y desdichados por siquiera predecir una hora del futuro.

Los ruidos de la casa duermen. Poco a poco los fantasmas se desperezan. El coronel Aureliano Buendía sube y baja las escaleras contando sus pescaditos de oro, don Martín Santomé mira la luna como si hubiera olvidado algo en ella, los cronopios suben a los muebles y juegan sobre el dormido con inocente curiosidad, Dulkancellin pasea, Cucub a su lado, tararea. Álex y Aiden están sentados juntitos, riendo en secreto. Vainilla busca el pedazo de viruta de lápiz que se le perdió, detrás la sigue Pervinca con cierto fastidio.

Son las tres y la casa se llena de silenciosas desolaciones, de toda clase de finales y continuará, de acá, de allá, de gringos y de mi pueblo.

El reloj me mira y veo mi miedo en sus ojos.

Todas las historias se detienen y miran mi puerta, pocos se acercan.

El reloj sale y les pide paciencia.

Las paredes de mi pieza se derriten y bajo el disfraz aparecen espejos.

En los cuatro espejos aparecen mis yoes.

Todas hablan a la vez, como siempre.

Suspiro cansada y pienso "si Borges deseó ser alguien más ¿qué nos queda a nosotros los Quijanos?"

El silencio de a poco se adueña de ellas también. A Alelí, a Amelia y a las que aún no tienen nombre oficial, trato de explicarles que tengan paciencia, les suplico que no me abandonen, intento decirles la situación de la manera más poética que puedo, ya que no entienden complicaciones. Comienzo con "¿se acuerdan del abismo?...bueno, resulta que caí en el..." las cuatro románticas preguntaron asombradas, incrédulas "¿Dejaste entrar a alguien?", presurosa respondí "No, no, jamás las abandonaré", Amelia fría e implacable refuta "Fue un casi la última vez", Alelí cálida la contradice "le estamos pidiendo demasiado, es triste ser feliz con miedo, es una mentira"

"Es que no sé" confesé avergonzada.

Todas se sorprendieron.

Miré a hacia todos lados cuando volvieron a discutir entre ellas.

"¡No sabe! ¿Quién permitió esto!?" se escandalizó Malena.

"La hippie debe saber" acusó Amelia.

"Yo no hice nada" se defendió Alelí "pero no podemos dejarla así ella no sabe, chicas! ¿qué hacemos?"

Las miré a todas en su discusión, sin recibir una respuesta real.

"¡Una cachetada!" dijo Amelia.

"¡Lluvia! ¡Necesitamos lluvia!" festejó Alelí.

"Un bandoneón sublime que nos entienda" dijo Malena.

"Alguna isla que nos ampare" opinó Alba.

"Restaurar las ilusiones con buen sol" declaró Alelí.

"Una patada en el culo" dijo Amelia.

"Su vuelta seguimos esperando, a pesar de su tardanza" se resignó Malena.

“Los náufragos no pueden salvarse a sí mismo” concordó Alba.

Suspiré.

“Bien, seguimos mañana, buenos días” me despedí.

“Buenos días” contestó Alelí gentilmente con pena.

“Chau” dijo Amelia.

“Que le sea leve con aquellos Cachafases” dijo Malena.

Alba hizo una reverencia.

Las cuatro paredes cubrieron los espejos.

El reloj tímidamente entró

“¿Y?” preguntó.

Negué con la cabeza.

Son las diez y los fantasmas desaparecen.

Son las once y el silencio reina.

Son las doce y el ruido despierta.

Es la una y todavía no sé quién soy.

Capítulo 8

Volver

Como lágrimas reprimidas, revolucionarias, las hojas se desprenden de las ramas.

A un costado del lago flotaba un cuerpo impoluto. Un mar en un lago. Erroneo.

Las hojas en su inocente planeo la vieron. Quieta, demasiado quieta.

Cayeron de a una, de a poco. Sutiles, con precaución.

Una, la primera, no se posa en la frente o en el pecho. Nop. Cae en su hombro.

El mar se sacude. Espamea.

Sus ojos abiertos siguen sin mirar.

La segunda y la tercera caen en sus manos.

La cuarta, la quinta y la sexta en sus piernas.

La mar, la guitarra, la montaña, la quieta.

El cuerpo, el arquetipo, se ilumina conforme las hojas, movidas por el asombro y la duda, la tocan, la observan.

Séptima y octava se deslizan hasta sus pies.

Su pecho tiritaba. Como intentando. Como sintiendo.

Novena y décima están girando, descendiendo. De reojo se percatan de una segunda figura, o el espejo de la única.

El viento rodea a la figura semitransparente, ambos invisibles, ambos reales. Está arrodillada al borde del lago, viéndose a sí misma flotar en el lago. Mueve la boca, pidiendo piedad quizás, o dando perdón. O recitando un hechizo.

Su mar se está convirtiendo en una tormenta.

En una segunda oportunidad.

Ah, la segunda oportunidad.

El pecho de la mar sube y baja.

Sus ojos parpadean.

En la punta de una rama una hoja, la última, mira y duda.

Y se desprende.

Capítulo 9

Resurrección del ángel (Piazzola).

Cae la lluvia.

Me limpia el camino.

Me abraza fríamente, pero no sin cariño.

Mi cuerpo brilla tenuemente, cada paso muestra un trozo del sendero.

Giro en eje, confundida, perdida y sola.

La niebla profética lo cubre todo.

Sé que miro todo con inocencia y curiosidad.

El miedo solo me dura tres segundos antes de avanzar.

Tengo la sensación de que hace mucho que estoy acá, eso no impide que sienta como nuevos mis pasos.

La lluvia cadavez que cae suelta una nota en violín, me extraña, usualmente es un bandoneón.

Siento que hay alguien que observa.

Le narro lo que me toca, no la veo pero sé que siempre me mira con el ceño fruncido, como si yo fuera el misterio.

Sonríó un poco, y como estoy tan poco acostumbrada a ese gesto mi mejilla se siente invadida por mis labios.

Sé que está escribiendo todo lo que digo.

¡Qué lejos se ve el camino con ésta niebla!

Sé que te encaprichaste con un cuaderno, te obsesionan siempre las cosas más pequeñas, y ahora necesitas llenarlo.

O llenarte.

Sonríó. Como si yo fuera el misterio y vos el secreto. Sonríó porque por

un segundo creíste que era la misma incertidumbre.

No.

Yo soy tan solo una parte del secreto.

Y ahora que lo dije comenzás a hacer las verdaderas preguntas.

Lo sé, esa es una de las pocas cosas en la que concordamos.

Las preguntas son maravillosamente hermosas.

Dejás de ser niebla y te personificas en tu forma más pura.

Una luz perdida.

Una esperanza extraviada.

Me mirás y sonreís pero aún no entendés.

Me acompañas pero no bailas conmigo.

Distingo a Piazzolla en las gotas de lluvia.

No entendés...

No entendés...

porque el miedo me dura tan poco.

Sonrío.

Te pregunto qué nombre me pusiste. Contestas que no sabés aún, que por eso viniste, crees que debería nombrarme a mí misma, te respondo que es lo mismo. Es la segunda vez que concordamos, ni vos podés negar ciertas cosas.

Sonreís con nostalgia y confesas: es que ya no me reconozco las manos.

Con rencor te contesto que para eso tenés tus cuatro espejos, tus favoritas, yo tampoco sé qué hacés acá.

Sonreís como lo que sos.

Y te evaporás, y volvéis a ser parte de la niebla.

Camino bailando, sin sonrisa, y no sé si me escuchás, pero te hablo.

Muy pocas veces me ves, otras más pocas me buscás, sin embrago siempre estoy.

Acá, con vos, caminando en la representación de tu camino.

Bailando tus pasos y vos sonriendo por mí.

Capítulo 10

Escuchá

Se dejó caer en el sillón e intentó relajar el cuerpo .

Por distraído se olvidó de poner la taza sobre la mesa de café. Ahí, listo. Inhaló llenando sus pulmones sin sentir que respiraba.

Exhaló al mismo tiempo que sentía arder los ojos.

Cerró los ojos con fuerza, manoteandose el pecho y el hombro buscó los auriculares. Se los ubicó en cada oreja.

Dentro de su mente abrió los ojos.

Se enderezó tenso como una tabla.

Miró alrededor.

Se levantó y caminó hacia la tele. Tomó el aparato con ambas manos y la golpeó una, dos, tres veces contra la pared. La dejó caer. Se limpió el sudor sobre el labio, no era suficiente. No podía respirar. No podía...

Sintió su sangre hervir, bullir.

Tomó la taza y la lanzó sobre la ventana, imaginó que la cerámica atraveba el vidrio, y eso ocurrió.

Sintió humedad en sus manos, se las miró. Sangre. Sus uñas lastimaron las palmas y había sangre. Dejó caer la cabeza hacia atrás, las venas en su cuello resaltaron sobre la enrojecida piel.

Gritó como un animal herido. Gritó harto.

Gritó piedad.

Agarró la mesa por un costado y con una nueva e inventada fuerza la volcó. En su mano apareció un cuchilló y apuñaló el sillón, una y otra y otra vez. El relleno escapó como órganos falsos. Gritó. Gritó. Gritó.

Se desgarró la remera.

Golpeó las paredes con sus puños hasta que sus manos se convirtieron en muñones violetas y negros. Golpeó su frente y la sien, lastimando una

oreja.

Desgarró las cortinas.

Se detuvo un segundo y miró el caos. El desastre.

Su imaginación cerró los ojos.

Y los abrió en la realidad.

Se la limpió con la manga de la remera.

Una piola de lágrima bajó por la esquina de su ojo y recorrió el paisaje de su rostro.

Miró alrededor.

Todo estaba intacto. Por fuera.

Se enderezó lentamente, tomó la taza humeante, bebió un sorbo, se sacó los auriculares y prendió la tele.

Suspiró.

Capítulo 11

EL FARO

El mundo es un amplio lienzo de azules.

Debajo el azul es inquieto, sube y baja, crea listones blancos que lo rodean por todo su largo hacia los costados. Va y viene hacia mis pies. Mi orilla.

La única orilla del mundo.

Arriba el azul está salpicado por amorfas manchas blancas. Últimamente luce tranquilo, casi feliz. Por un lado, es una pena, me gusta cuando llora porque entonces me llaman para cumplir mi deber expandiendo mi luz por todos lados. Por otro lado, también es una pena porque está el amarillo. Ese ojo amarillo.

Mi enemigo.

Él quiere robarme mi lugar. Mi profesión. Mi vida.

Él aparece por el borde cuando su aliada, el ojo blanco, lo reemplaza. Y se estira por todo el lienzo de arriba. Proclamándolo.

Y lo miro.

Y lo insulto.

No me dejo amedrentar.

Esta es mi casa. Aquí yo habito.

Y él no me va a vencer

Hoy los animales de dos patas, los más pequeños del montón, juegan en mi orilla.

Asumo que juegan porque se persiguen y sus bocas largan ruidos que

parecen sonidos.

Creo que me gusta ese sonido.

Entre tanto lienzo azul esos animales me enternecen.

Me suavizan.

Yo, lo más alto

Yo, que lo ilumino todo. Yo que soy la luz, lo único que apuñala el lienzo cuando oscurece y la aliada de mi enemigo no está.

Esos animales me suavizan. Y cuando aparecen me deshago de mi eterna y cansada lucha contra el ojo amarillo y los miro.

Su ruido musical, ese que sale de sus bocas, hace eco en los acantilados.

Parece que lo llenan todo.

Que lo aclaran.

Como yo.

Me pregunto si me miran y piensan "¡qué magnífico cómo lo ilumina todo!"

Me pregunto si me miran y piensan "creo que el faro está solo"